

Johannes Meier

## Los jesuitas expulsados de Chile (1767-1839), sus itinerarios y sus pensamientos

Con seis miembros fundadores e Ignacio de Loyola al frente, el Papa Pablo III confirmaba en el año de 1540, a través de la bula “Regimini militantis Ecclesiae”, la Compañía de Jesús. Sólo unos quince años después, cuando Ignacio falleció en 1556, la orden tenía ya cerca de mil miembros repartidos en ochenta casas por todo el mundo – desde Japón en el lejano oriente, pasando por Etiopía y Congo en África, hasta Brasil en el Nuevo Mundo.<sup>1</sup>

En el año 1558, la primera Congregación General nombró cuatro Asistentes que ayudaban al General de la Compañía en el gobierno de toda la orden. Eran sus consultores en el delineamiento de la estrategia general y cada uno se encargaba de estudiar los asuntos de la región que la Compañía consignaba y que por esta razón se llamaron Asistencias. En 1608 ya eran cinco y correspondían geográficamente a: España y sus territorios ultramarinos; Portugal y sus posesiones; Italia, Alemania (incluyendo toda Europa Central) y Francia. En 1775 se nombró un sexto Asistente para el reino de Polonia, que se separó de la Asistencia alemana (Astraín 1902-1925: I, VII-XI).

Las Asistencias se dividían en unidades administrativas autónomas que eran las Provincias, las cuales eran dirigidas por un Padre Provincial. La Asistencia alemana por ejemplo contaba antes de la separación de Polonia con diez provincias: la Flandro-Belga, la Gallo-Belga, Rhenania Inferior, Rhenania Superior, Germania Superior, Bohemia, Austria, Polonia, Lituania y Anglia. Esta última logró tener sólo algunas casas en Bélgica, mas no en la misma Inglaterra (Duhr 1907-1928; Pachtler 1968). Bajo la jurisdicción del respectivo Padre Provincial estaban los colegios, residencias y misiones, cada una de ellas a cargo de un superior, que de acuerdo a la categoría del establecimiento era

---

<sup>1</sup> Falkner/Imhof (1990); Sievernich/Switek (1990); Aldea (1993).

llamado Rector, Superior o Prepósito. De esta forma el vínculo institucional era fundamental. El General en Roma era el encargado de nombrar a los Provinciales, Rectores y Visitadores. El Provincial podía gobernar su provincia desde la distancia y cualquier miembro de la orden podía comunicarse con el mismo General y recibir su respuesta inmediatamente a pesar de la lentitud de las comunicaciones de la época. Estos lazos institucionales pueden explicar la cohesión de la Compañía (Woodrow 1985: 33).

Las constituciones de la Compañía de Jesús incluyen reglas sobre la necesidad de la comunicación permanente entre los inferiores y los superiores. Así, los Prépositos locales o Rectores debían escribir a su Provincial cada semana o cada mes si eran sitios distantes (como era el caso de las provincias de América y Asia) y lo mismo el Provincial al General. Éste a su vez debía escribir una vez al mes a los Provinciales y éstos a su vez a sus Rectores. Por otra parte, para que las noticias de lo que ocurría en cada una de las Provincias se conocieran en otras —lo cual serviría como apoyo moral y espiritual de unos a otros— cada Provincial debía escribir una carta cada cuatro meses al General, en ella debían de incluirse los hechos más notables, en lengua vulgar de la Provincia y en latín. Éstas son las famosas “cartas annuas”. El General debía enviar copias al resto de los Provinciales y éstos a su vez a los de su Provincia. Las “*litterae annuae*” son una fuente rica en detalles para conocer la vida de los colegios y misiones. Desde América fueron regularmente mandados durante los dos primeros siglos, aunque en el siglo XVIII no existió la misma regularidad, y en el caso especial de Chile no existieron durante este siglo. Esta misma forma de comunicación se usaba también para enviar listas de todos los sujetos que había en cada casa y colegio, con el detalle de los que faltaban, por muerte u otra causa desde la última carta enviada (Constitutiones 1937: pars VIII, cap. I, L, M, N, 233\*-235\*).

Para la eficacia en la acción era necesaria la selección adecuada de los miembros, de acuerdo al tipo de trabajo que se les encomendaba. Al respecto es importante señalar que en cada Provincia jesuita se llevaba un catálogo trienal secreto, en el cual el Provincial enunciaba las características de personalidad y aptitudes de cada uno de los sujetos, identificados con un número.

Las Provincias que conformaban la Asistencia de España eran: Aragón, Castilla, Cerdeña, Toledo y Andalucía (Baetica). De ésta última

dependían las Provincias de las Indias, las que se encontraban en: Perú (1568), México (1572), Filipinas (1605), Paraguay (1607), Nueva Granada (1607 / 1696), Quito (1616 / 1696) y Chile (1625 / 1683).<sup>2</sup> Desde el año 1566 hasta 1717, Sevilla fue el lugar de residencia de los jesuitas que pasaban a América y que normalmente debían de esperar muchos meses hasta la partida de las naves. En 1574 se creó el cargo de Procurador de las Indias Occidentales para la administración temporal de las Provincias de Indias. En 1688 comenzó a funcionar en Sevilla el Hospicio de Indias, donde se alojaban los jesuitas destinados a América. Desde el momento en que un religioso de la Compañía recibía la orden de ir a América e iniciaba su viaje desde su residencia hasta Sevilla, pasaba a pertenecer a la Corte de Madrid y concretamente al Consejo de Indias. Los gastos de transporte, equipaje, vestuario, embarque y demás elementos para viajar, corrían por cuenta de la Casa de Contratación de Sevilla. Todo esto dio origen a una serie de trámites. De esta gestión, así como de organizar la estancia de los regulares en la ciudad, se encargaba el Procurador de Indias. Éste, desde Sevilla, y durante el siglo XVIII desde Cádiz —ciudad, a la que se trasladó la Casa de Contratación— constituía el punto de enlace entre los religiosos de América y sus superiores de España y Roma (Galán García 1995: 169-174).

Alrededor de 1400 jesuitas viajaron a América entre 1600 y 1717. El Hospicio de Indias de Sevilla fue la residencia donde se alojaban los religiosos mientras esperaban la fecha de su partida. En ocasiones, el número de jesuitas concentrados en la ciudad fue tal, que el procurador de Indias debió buscar alojamiento para los misioneros en otras casas que la Compañía tenía en Sevilla.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Pérez (1901); Santos Hernández (1992); Congreso Internacional de Historia de la Compañía de Jesús en América (1993).

<sup>3</sup> Huonder (1924/1925); Zubillaga (1953); Galán García (1989: 113).

## 1 La Compañía de Jesús en Chile

En abril de 1593 llegaron a Santiago de Chile los primeros jesuitas. El Provincial del Perú formó la expedición a Chile con cinco sacerdotes y dos hermanos coadjutores. Su selección se hizo considerando los aspectos más importantes para conseguir rápidamente la adhesión de la población: dos dominaban perfectamente la lengua quechua, otros dos habían nacido en Chile, y como superior iba un hombre experimentado que había sido ordenado sacerdote por el mismo Ignacio de Loyola: Baltasar de Piñas.<sup>4</sup>

La Compañía comenzó su actividad en Chile recibiendo una donación de cuatro mil pesos de los vecinos de Santiago. Con ella compraron dos casas. En ese mismo año fundaron el Colegio de San Miguel (Valdes Bunster 1980: 35-37). El jesuita Luis de Valdivia compuso una Gramática, Diccionario y Catecismo en las lenguas nativas del país, publicados en Lima hasta el año de 1608 (Sommervogel 1890-1932: VIII 377, 1). Fue este sacerdote, quien propuso a las autoridades coloniales de Chile un plan de conquista espiritual de los araucanos a través de los misioneros jesuitas, pero debido al triunfo de los intereses de los encomenderos y del ejército, sólo funcionó hasta 1625. La misión de Arauco al sur del Biobío, retrocedió entre 1626 y 1630 ante la ofensiva de los indígenas; después de esta fase los españoles avanzaron y la Compañía llegó a erigir nueve iglesias en Arauco. La insurrección de 1655 destruyó todo lo hecho en las misiones, las que diez años después fueron reconstruidas (Foerster 1996). Al contrario, las misiones en la isla y el Archipiélago de Chiloé seguían funcionando y creciendo ininterrumpidamente hasta la expulsión de los jesuitas en 1767, cuando contaban con 84 capellanías.<sup>5</sup> El despliegue jesuita, que intentaba por un lado establecer nuevas casas y por otro de aumentar su acción misional en la frontera sur, requería del aumento del número de sus religiosos. Desde mediados del siglo XVII y durante todo el XVIII fue permanente el envío de cartas al Rey solicitando autorización para llevar más misioneros a la Provincia de Chile.

---

<sup>4</sup> Enrich (1891); Hanisch Espíndola (1969a: 1-5); Santos Hernández (1992: 149-151).

<sup>5</sup> Hanisch Espíndola (1982a); Urbina Burgos (1986); Casanueva (1992).

Durante el siglo XVII aumentó el número de fundaciones en Chile, pero debido a la precariedad, la extensión de la región, las sublevaciones de los indios, etc. su establecimiento no fue de manera permanente en todos los casos. Esta inestabilidad era el motivo fundamental por el que las autoridades Romanas no habían atendido las peticiones de los jesuitas de Chile que solicitaban la creación de una provincia. Por esta razón pertenecieron a la provincia del Paraguay desde 1607 hasta 1625, año en que pasaron a ser Vice-Provincia dependiente de la Provincia del Perú. Finalmente, en 1683, Chile fue elevada a la categoría de Provincia, siendo su primer Provincial el padre Antonio Alemán (Astrain 1902-1925: VI 735-739). Un informe de la Audiencia de Santiago sobre el estado de las diferentes órdenes religiosas en Chile en el año de 1696, nos dice lo siguiente en relación a las casas de la Compañía de Jesús: El Colegio Máximo de San Miguel en Santiago sustentaba 50 sujetos, el Colegio Seminario Convictorio de San Francisco Xavier en Santiago 5, el noviciado de la Cañada en Santiago 29, el Colegio de San Pablo en Santiago 4, el Colegio de Coquimbo 4, el Colegio de Mendoza 5, el Colegio de Bucalemu 4, el Colegio de Concepción 9. En total fueron 40 colegios sin contar las misiones.<sup>6</sup>

La consolidación de la presencia jesuita en Chile hasta la fecha de su expulsión, fue posible sobre todo a través de los siguientes aspectos de su acción: por su labor espiritual y por la enseñanza impartida en las colonias, por su presencia permanente en las misiones del sur; por la explotación de sus haciendas, por el desarrollo de industrias, y por su participación en la producción de frutos.<sup>7</sup> Eran también conocedores del territorio de la Gobernación de Chile y de su población autóctona, lo que les permitía participar de forma activa en la elaboración de proyectos y en las decisiones políticas para el fomento de poblaciones nuevas. Durante el siglo XVIII el número de los jesuitas en Chile fue en aumento

---

<sup>6</sup> Sevilla, Archivo General de Indias, Audiencia de Chile, Legajo 17, R.2, N.31: "Informe de la Audiencia de Santiago de Chile al Rey del estado de las Religiones y conventos de Religiosos de este Reino", Santiago de Chile, 12 de Junio de 1696.

<sup>7</sup> Hanisch Espíndola (1982 b); Bravo Acevedo (1985, 1986).

continuo. De los 155 miembros que tenía la provincia en 1710, para 1757 se habían duplicado a 315.<sup>8</sup>

En 1762 eran 355 religiosos, distribuidos en 11 colegios, 9 residencias, 13 misiones y 2 colegios convictorios. El Colegio Máximo mantenía 115 sujetos. Impartía seis cátedras en la universidad, incluía la misión que cada año hacían seis padres por el obispado durante cuatro o cinco meses, la asistencia a los enfermos y moribundos y los ejercicios espirituales —al menos durante nueve veces al año—, a los que asistían entre 700 a 800 personas de ambos sexos. También se daban los ejercicios a otras comunidades religiosas de la ciudad, así como también a la casa de mujeres recogidas, al hospital de San Juan de Dios y a la cárcel. En las cuatro haciendas del Colegio Máximo (La Punta, La Calera de Tango, Rancagua y la Ollería) se empleaban cuatro sacerdotes y muchos hermanos coadjutores. El Colegio San Francisco de Borja era un noviciado en Santiago, que mantenía a 11 miembros y 19 novicios. El Colegio de San Pablo tenía 12 miembros y 10 padres de tercera probación. En el Colegio Convictorio de San Francisco Javier se enseñaba a la juventud latín, filosofía y teología, y habían en él un Rector, un Ministro y cuatro pasantes. El Seminario de Bucalemu tenía 27 miembros, el Colegio en Concepción 20; en este colegio residía la Procuradería General de misiones. En Concepción estaba también el Colegio Convictorio de San José con tres sujetos que enseñaban latín, filosofía y teología a los estudiantes. Completaban la lista de colegios el de Chillán con 6 miembros, el de Quillota con 8, el de Coquimbo con 10 y el de Mendoza con 9. En Cuyo se encontraban las residencias de San Juan (7) y de San Luis (3). Otras residencias eran Valparaíso (5), San Fernando (4), Logroño (3), San Francisco de la Selva (3), San Felipe el Real (3) y San Agustín de Talca (3). En aquellas residencias los padres se dedicaban a la labor misional, los ejercicios espirituales y a la enseñanza de las primeras letras.

Respecto a las misiones, en la de Arauco —que también era residencia— asistían tres jesuitas, los que se encargaban de impartir la doctrina, así como de enseñar a leer y a escribir a los niños y de explicar la gra-

---

<sup>8</sup> Sevilla, Archivo General de Indias, Audiencia de Chile, Legajos 101 y 150: “Informe del Procurador General de Chile, Juan Nepomuceno Walter, sobre el estado de la Provincia de Chile”, Santiago de Chile, 15 de marzo de 1757.

mática a algunos. La labor misional entre los indios se hacía a través de las diez capillas que tenían cercanas a la residencia. El trabajo en el resto de las misiones era similar al de la misión de Arauco, existiendo en todos los casos un número muy reducido de jesuitas, uno, dos, o a lo sumo tres. La misión de Tucapán tenía dos padres. Similar actividad realizaban en las misiones de Santa Juana, Santa Fe, Valdivia y Toltén, con dos sujetos cada una. En la misión de San Cristobal había también dos jesuitas y en la misión de Mocha uno. Otras tres misiones había en Colué, Angol y la Imperial. En cuanto a la conversión de los indios dice el informe del Procurador que desde el año de 1723 en adelante hasta el de 1762 se ha llegado a un total de 111.296 indios bautizados. En la isla de Chiloé, la ciudad de Castro tenía un colegio de la Compañía con 10 miembros. Anualmente salían misiones hacia el interior de la isla y hacia las otras islas del Archipiélago. En la isla de Quinchao tenían una escuela, aunque su mantenimiento era difícil (Aranguiz 1967).

La presencia jesuita se hacía sentir de esta forma tanto en las ciudades como en las partes más alejadas de los centros de población, y tanto entre españoles como entre la población indígena del sur del río Biobío. La Compañía estaba presente en la vida chilena en sus diferentes facetas. A través de la enseñanza universitaria y de los ejercicios espirituales la influencia de los jesuitas se extendía al resto de las comunidades religiosas. Cuando la Compañía fue expulsada, sólo la orden seráfica (OFM) contaba con 419 miembros en Chile repartidos en 14 conventos, 5 hospicios, 4 residencias, 3 conventos y un hospicio de recolección, así como un convento y un hospicio de misioneros. Las otras comunidades nunca alcanzaron estas cifras.<sup>9</sup> “En pocas partes del continente la acción de los jesuitas ha dejado rastros más permanentes que en Chile” (Sierra 1944: 179).

---

<sup>9</sup> Los dominicos contaron con 197 miembros en 11 conventos, los agustinos con 196 en 10 conventos y un hospicio, los mercedarios con 218 en 9 conventos y 4 hospicios, los hospitalarios de San Juan de Dios con 45 en 4 conventos hospitalares: Sevilla, Archivo General de Indias, Indiferente General, Legajo 2889: “Razón de las Religiones que hay en el distrito de la Audiencia de Chile, Conventos que tienen, y Religiosos que residen en ellos”, por el Gobernador de Chile, Antonio Gil y Gonzaga, 17 de febrero de 1766.

## 2 La expulsión

La orden de expulsión de los jesuitas de Chile fue remitida desde Buenos Aires el 7 de agosto de 1767. Cruzó la nevada cordillera a través de un correo extraordinario llevado por el oficial Juan Sala el cual se encargó de mantenerla oculta. Recién el 26 de agosto salió a la luz del día dicha orden, cuando a las tres de la madrugada, quedaban arrestados todos los miembros de la Compañía de Jesús en todas las casas del país. Entonces se reunió a los religiosos en una habitación, se les intimó el decreto del Rey Carlos III, se procedió inmediatamente a aislar a los Padres y Hermanos y se empezó a hacer el inventario comenzando por los libros de cuentas. Los jesuitas de Santiago fueron trasladados a Valparaíso. Los procuradores de cada casa fueron retenidos dos meses hasta terminar los inventarios (Hanisch Espíndola 1969a: 93-95).

Valparaíso se convirtió en el centro principal de concentración. Desde allí, 24 jesuitas fueron embarcados directamente a España, en el navío “El Peruano”, llegando a Cádiz el 30 de abril de 1768. Mientras los de Mendoza, de San Juan y San Luis fueron enviados a Buenos Aires, los demás fueron conducidos desde Valparaíso hasta el puerto del Callao en Perú, donde llegaron en distintos barcos, algunos con notable demora entre los meses de marzo y julio de 1768. Del Callao se los transportó en distintas naves hasta el Puerto de Santa María, unos por la ruta del Cabo de Hornos, otros por la vía de Panamá. El P. Xavier Baras que había llegado con una expedición de 20 jesuitas jóvenes a Chile, tuvo que volver de Buenos Aires a Europa con sus 20 alumnos.

En total fueron 360 los jesuitas expulsados de Chile, de los cuales 11 eran novicios, 40 estudiantes, 76 hermanos coadjutores y 233 padres, más los 20 que había llevado desde España el padre Baras. Según los cálculos del P. Walter Hanisch, 9 jesuitas chilenos desaparecieron por darse a la fuga, mientras 10 fallecieron en Chile antes de la partida al destierro y 13 durante la deportación. 3 se quedaron en Lima por motivo de grave enfermedad. El último jesuita que salió de Chile, fue el Hermano José Zeitler de origen bávaro (nacido en Waldsassen/Palatinado el Alto); el debió permanecer en Chile durante cuatro años por la dificultad de encontrarle reemplazante en el cargo de boticario del Colegio Máximo en Santiago; salió el 22 de octubre de 1771 del país, llegando al puerto de Santa María el 17 de junio del año siguiente (Hanisch Espíndola 1972: 46-59).



Los jesuitas de la provincia de Chile en seguida eran remitidos desde España a Italia donde el P. Jaime Andrés, que pertenecía a la curia jesuita de Roma, asignó la pequeña ciudad de Imola como residencia para los jesuitas de Chile. Imola contaba con unos 8.000 habitantes. Por haber prohibido España que llevaran los nombres de sus regiones geográficas, los jesuitas americanos adoptaron los de los Patronos de las ciudades donde residían en Italia; así los chilenos formaron la provincia de San Casiano, y fueron repartidos en 17 casas en Imola, cada una a cargo de un Superior. Al terminar su gobierno, el P. Provincial Baltasar Huber regresó como sus compatriotas a su provincia alemana, y le siguió en el cargo de Provincial el mencionado padre Xavier Baras (Hanisch Espíndola 1972: 60-66).

Después de la extinción de la Compañía en 1773 una parte de los jesuitas chilenos abandonaron Imola y fueron repartiéndose por diversas ciudades italianas como Roma, Bolonia, Cesena y Génova, mientras muchos otros se quedaron en Imola (100 aún en 1797). Los unos como los otros fueron ocupados en diversos oficios y funciones, mayoritariamente de profesores o instructores de familias pudientes, en fundaciones pías o en distintas capellanías. Seis jesuitas de Chile contrajeron matrimonio (Hanisch Espíndola 1972: 97-98; Santos Hernández 1992: 173). Los cinco Jesuitas alemanes quienes trabajaran en las misiones del archipiélago de Chiloé, fueron separados de sus compañeros ya en el puerto de Santa María, bajo la absurda acusación de haber querido entregar Chiloé a los ingleses. Había entonces mucha efervescencia en España debido al establecimiento de los ingleses en la parte austral de América.

El P. Melchior Strasser, último rector del colegio de Castro, murió aislado en el monasterio cisterciense en Moreruela, obispado de Zamora, en 1779; el P. Franz Xaver Kisling, maestro de escuela en Castro, tuvo que quedarse en Puerto de Santa María hasta el año de 1777, de donde se lo trasladó para el convento Capuchino de Cabra, donde falleció en 1784; y el P. Miguel Meyer, misionero oriundo de Wormacia, falleció del mismo modo aislado en el monasterio de San Pedro de Montés. Sólo los padres Ignacio Fritz y Juan Nepomuceno Erlacher, de origen de la provincia de Bohemia, obtuvieron el 4 de febrero de 1776 la libertad gracias a los esfuerzos del Embajador de Austria en Madrid, el Conde Lobkowitz (Mundwiler 1902).

El 10 de mayo de 1839, cuando la muerte cerraba los ojos a Pedro Passos, el último de los jesuitas expulsados, faltaban sólo cuatro años

para que regresaran a Chile otros padres de la Compañía restaurada (Hanisch Espíndola 1969a: 119).

Guido E. Mazzeo recapitula el evento de la expulsión de los jesuitas así: “Rara vez en el transcurso de la historia se ha visto obligado un grupo tan grande de insignes eruditos, críticos y profesores a emprender un éxodo de la magnitud del que tuvo lugar en 1767 y años siguientes, cuando aproximadamente 5.400 jesuitas salieron de España (2.746) y de sus colonias de ultramar (2.630) como resultado del decreto real” (Mazzeo 1968: 344). Las consecuencias inmediatas de tal hecho son evidentes: La enseñanza superior y la educación en general se resienten gravemente (Rodríguez 1996: 7).

En el caso de Chile la expulsión de los jesuitas produjo efectos también en el sector político, moral y económico. En el aspecto político el Rey perdió un buen aliado para la causa de la independencia. Entre las causas remotas externas de la independencia deberían de figurar la expulsión de los jesuitas. En el orden moral el pueblo tomó conciencia de lo injusto de la medida con el consiguiente desprestigio para el poder real. En cuanto a lo económico, la producción y el comercio nacional sufrieron una paralización. En suma, la expulsión significó para el Rey la pérdida de un buen aliado, para el pueblo significó una injusticia y para la economía nacional un factor de detención en su desarrollo (Edwards Orrego 1990: 231).

### **3 Obras y pensamiento de los jesuitas expulsados**

Muchos de los jesuitas desterrados habían alcanzado un alto nivel literario e intelectual como profesores, escritores y hombres de ciencia. Durante el destierro produjeron una cantidad de tratados sobre historia, literatura, lingüística, antropología, música, jurisprudencia, antigüedades, teología, filosofía, ciencias naturales y física. De los 2.746 jesuitas españoles 460 llegaron a producir obras en el exilio. De los 2.630 hispanoamericanos y filipinos fueron 145. En el triple destierro –de su orden religiosa, de su patria y de su lengua– los religiosos se dedicaron a trabajar como mejor podían. Si se compara las provincias americanas, México, Paraguay y Chile ofrecen un interesante conjunto de jesuitas escritores, que fue superior a los de Nueva Granada, Quito y Perú. Entre

los chilenos destacan dos autores extraordinarios, el naturalista Juan Ignacio Molina<sup>10</sup> y el teólogo Manuel Lacunza.

La vocación de Juan Ignacio Molina (1740-1829) por las ciencias naturales comenzó durante su formación en la Compañía de Jesús. Gracias a su laboriosidad llegó a conocer varios idiomas, se interesó luego por las matemáticas y la física y —dedicando sus momentos libres a la observación de la naturaleza— se proveyó de una cantidad de conocimientos, que serían un verdadero tesoro en el futuro. En Europa no se limitó a lo que sabía, sino que se matriculó en Bolonia en los cursos del Studio, que era el equivalente de la Universidad, y también en el “Istituto delle scienze”, una institución de alto relieve en la investigación experimental, fundada por Luigi Fernando Marsili. Esto le permitió a Molina ponerse al día en las ciencias naturales y entrar en contacto con personas muy calificadas del mundo intelectual (Hanisch Espíndola 1974: 207-208). Las publicaciones principales de Molina son las siguientes: “Saggio sulla storia naturale del Chili” (Bolonia 1782), traducida al alemán en 1786, al castellano en 1788, al francés en 1789, al inglés en 1808 así como a una segunda edición italiana en 1819. Otra de sus obras fue “Saggio sulla storia civile del Chili” (Bolonia 1787), traducida al alemán en 1791, al castellano en 1795 y al inglés en 1809. Su obra “Memorie di storia naturale lette in Bologna nelle adunanze dell’Istituto”, salió a la luz en dos tomos en Bolonia en el año de 1821.

El mérito de Molina consiste en su espíritu de observación. Él se preocupó de la descripción del territorio, de la cartografía, de las costumbres tanto de los indios como de los españoles americanos; a esto se añade el estudio del lenguaje, que le sirve de documento histórico y de guía para fijar el estado cultural de los indios antes de la llegada de los conquistadores. Los indígenas de Chile, los araucanos, para Molina son descendientes de un gran pueblo iluminado. Él manifiesta que sus costumbres tienen una multitud de semejanzas con las de otros pueblos. Se visten de lana como los griegos y romanos. Su color favorito es el azul, como lo era el rojo entre los tártaros. No tenían ciudades como los actuales europeos, sino que habitaban en cabañas dispersas, como los alemanes hasta el siglo de Carlomagno. Guardan sus licores en vasos de

---

<sup>10</sup> Hanisch Espíndola (1974); Edición moderna de las obras principales de Molina por el mismo editor: Hanisch Espíndola (1978).

barro como los griegos y romanos. Los matrimonios son por raptó, como se usa entre los negros de África. Sus árboles de consanguinidad son más complicados que los de los canonistas y usan los nombres y los apellidos en el mismo orden que los europeos. En el fondo Molina siempre defendió la igualdad de todos los hombres, que si bien se acepta en teoría no siempre se ve aplicada en la práctica, al menos con los pueblos que los europeos consideran inferiores. Molina se inclina a la semejanza de todos (Hanisch Espíndola 1974: 212-225).

Esta toma de postura se explica en parte frente a una serie de obras pertenecientes a científicos ilustrados de Europa que teorizaron sobre una supuesta inferioridad de América, de su naturaleza y de sus gentes. Sobre todo se trata de publicaciones de Cornelio de Pauw (1769) y de la *History of America* de William Robertson (1777). Contra tales prejuicios reaccionaron varios de los jesuitas expulsados a Italia, acentuando la defensa del mundo americano e incluso reivindicando el mundo indígena. El caso más conocido es la *Historia Antigua de México* (1780/81) del P. Francisco Xavier Clavijero, un tratado que representa uno de los esfuerzos más serios de la época por rescatar la pre-historia de México y la de América en general como fundamento de la cultura hispanoamericana (Rodríguez 1996: 9-11). Pero muy similar es la conciencia que expresa Juan Ignacio Molina. En el *Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Chile* —una obra aparecida en Bolonia en el año de 1776 sin mención de su autor, pero con certeza atribuida a Molina y en cierto modo una primera versión de sus ensayos posteriores— se lee en la página 5: “Chile es uno de los mejores países de América. La belleza de su cielo, la benignidad de su clima, la fertilidad y riqueza de su terreno le dan considerable ventaja sobre sus vecinos” (Según Hanisch Espíndola 1974: 223). La obra contiene el germen o el sustrato de un incipiente nacionalismo chileno, fundado en la conciencia del pasado histórico de aquella realidad que pronto comienza a llamarse “patria” (Rodríguez 1996: 14).

El prefacio del “Compendio” comprueba claramente que su autor —Molina— intenta de poner en duda la credibilidad de Cornelio de Pauw. Él dice así: “Los lectores a cuya noticia hayan llegado las ‘Investigaciones filosóficas sobre los Americanos’, escritas por Mr. Pauw, se maravillarán de ver describir un país de la América muy distante de como este autor quiere hacer creer que sean todas las partes de aquel gran continente: pero ¿qué hemos de hacer, ni como deberé yo faltar á

la verdad por no exponerme á los sarcasmos y mofa decente con que acomete Pauw á todas aquellas personas que se oponen á sus raras ideas? Yo he visto, y he observado con suma atención quantas cosas escribo; y no satisfecho con mi parecer, he consultado los escritores más imparciales y más apreciables que han reconocido las mismas cosas, y los quales, de acuerdo total con mis propias observaciones, son otros tantos apoyos irrefragables de quanto digo, Pauw no solo no ha visto nada de lo que escribe y divulga, pero ni aun ha querido verlo en los autores que dice haber leído para formar su obra, pues sin embargo de que Frezier y Ulloa, á quienes cita con frecuencia siempre que le acomoda, hablan de la maravillosa fecundidad con que el grano fructifica en el Reyno de Chile, él se atreve á decir á presencia de todo el mundo que el trigo nace unicamente en algunos ángulos del norte de la América. Deslumbrado del sistema de las conseqüencias del sistema ideal que se propuso seguir por motivos fáciles de adivinar, lleva las cosas á tal extremo, que su obra queda en la clase de una inverosimil novela. Ni tampoco dá mucho honor á sus luces y á sus talentos la logica con que pretende probar sus decisivas aserciones, pues basta que haya en el inmenso continente de toda la América un islote ó un canton con algun defecto, para que participen de él todas sus provincias, bastandole para calificar tantas y tan innumerables naciones una miserable tribu de los mas desconocidos salvages. Sería no acabar si quisiese exponer una por una las incongruentes premisas de donde deduce sus conclusiones anti-americanas, y con cuyo método se podría desacreditar igualmente qualquiera otra región de la tierra: pero ni la razón ni la filosofía aprobarán jamás semejante modo de proceder. En suma, Pauw ha escrito de las Américas y de sus habitantes con la misma libertad que pudieran haber escrito de la luna y de los Selenitas: pero quiere su desgracia que la América no diste tanto de nosotros como la luna, y así muchos sabios Europeos que han estado en aquellas regiones, y que han visto lo que son con sus propios ojos, afirman lo contrario de lo que afirma Pauw”.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Cit. en el Prefacio de Molina (pp. iii-xix) al “Compendio”, edición castellana, pp. xiv-xvii. El título completo de la edición castellana está concebido en estos términos: *Compendio/ de la historia geográfica,/ natural y civil/ del Reyno de Chile,/ escrito en italiano/ por el abate Don Juan/ Ignacio Molina./ T. I./ que abraza la historia geográfica/ y natural,/ traducida en español/ por Don Domingo Joseph/ de Arquellada Mendoza, Individuo de la/ Real Academia de Buenas Letras/ de*

Curiosamente el contrincante de Molina, Cornelius de Pauw, también fue un miembro del estado eclesiástico y además formado por jesuitas en Lieja y Colonia. Nacido en Amsterdam 1739, logró en 1761 una canonjía en el cabildo de San Victor en Xanten (Rhenania Baja), donde desde 1765 tuvo la responsabilidad para la notable biblioteca de la iglesia colegiata. Su soberano, el Rey Federico II de Prusia, trató dos veces de emplearlo en su servicio, primero en 1767 nombrándolo su lector privado y después en 1775 ofreciéndole un cargo en la Academia de Berlín y un canonicato en la catedral de Breslau, pero Pauw no aceptó y prefirió retirarse a Xanten, donde se dedicó a sus estudios y publicaciones. Fue uno de los pocos extranjeros invitados por Diderot a contribuir a la *Encyclopédie* y posteriormente nombrado por la asamblea nacional ciudadano honorario de Francia. Se dice que su imagen negativa de América tuvo influencias en tiempo de Napoléon con respecto a la venta de Louisiana. Pauw murió en Xanten en 1799, donde el mismo Napoléon le dedicó un obelisco cuando visitó esta pequeña ciudad en 1811.<sup>12</sup>

Entre los jesuitas que fueron expulsados de Chile sobresale en segundo lugar el P. Manuel Lacunza. Este Santiaguino, ingresó a la Compañía en 1747 y antes de la expulsión fue prefecto de la Escuela de Cristo en el Colegio Máximo; en Italia se quedó en Imola. Lacunza fue un hombre lleno de sentimiento, sufriendo mucho por el exilio. En una carta suya a su amigo Juan de Santa Cruz se lee: “Solamente saben lo que es Chile los que lo han perdido: no hay por acá el menor compensativo”. Se sintió deshonrado, injuriado, calumniado, y el dolor de ser ex-jesuita le pareció una escuela de perfección: “[...] para servir a Dios muy de veras no puede haber cosa más a propósito que el estado presente en que nos hallamos, que es de humillación y de cruz. [...] Por acá todo está quieto respecto de nosotros; todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido. [...] Entre tanto nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos, los más están enfermos [...]” (Hanisch Espíndola 1969b: 199; Salinas 1993: 136-143).

---

Sevilla, y Maestranche/ de Ronda./ En Madrid/ por Don Antonio de Sancha/ Año M.DCC.LXXXVIII./ Se hallará en su Librería en la Aduana vieja.

<sup>12</sup> Beyerhaus (1927); Engelskirchen (1933); Engelskirchen (1970); Janssen/Grote (1998: 374-375).

No causa asombro que una persona tan sensible dedicara largos años de su trabajo teológico a la escatología, concretamente a la doctrina sobre la venida de Jesús antes del fin de los tiempos. Lacunza renovó esta antigua doctrina en el contexto del siglo XVIII. La composición de su libro *La segunda venida del Mesías en Gloria y Majestad* lo comenzó en 1775; los dos primeros tomos fueron concluidos en 1784, el tercero en 1790. El 22 de noviembre de 1788 Lacunza escribió al Ministro Porlier en Madrid, diciéndole que se había dedicado al estudio de las Sagradas Escrituras y a la meditación por muchos años y que había hecho algunos descubrimientos nuevos, sólidos y de importancia. Calificó su sistema de diverso, del que se han servido hasta ahora los doctores con el que se entienden las Sagradas Escrituras. Para mayor libertad, se finge un judío cristiano, enterado de las cosas de judíos y cristianos. Toma el nombre seudónimo Juan Josafar Ben Ezra. Lacunza pide a Porlier un juicio recto sobre su obra. El Ministro no se interesó por el manuscrito. Según el P. Manuel Luengo en la corte calificaron al autor de “ilusivo, visionario y hereje”; Luengo la encontró una obra extraña que nunca se podría imprimir; donde se entiende que el Anticristo es persona moral y no individuo determinado, y donde además trata muy mal a varios escritores y teólogos. Luengo creía que el proyecto de algunos italianos de imprimirla en latín—hubo una traducción hecha por dos exjesuitas mexicanos—era poner en dificultades a su autor; recuerda que al P. Antonio Vieira SJ le había ido mal con su *Clavis Prophetarum*, libro también de tendencia milenaria. Entre sus correligionarios Lacunza tuvo partidarios y contradictores. Cuando Lacunza falleció en Imola el 17 de junio de 1801, su obra todavía no había sido impresa. Pero durante las décadas siguientes aparecieron ediciones en Cádiz, Tolosa, Londres, París y Puebla de los Angeles/México. Obtuvo la admiración del pueblo sencillo así como de hasta obispos, pero también fue refutada por el Santo Oficio en 1824 (Hanisch Espíndola 1969b: 207-234).

Otro famoso teólogo chileno ex-jesuita fue el P. Diego José Fuenzalida, autor de un compendio de Teología Moral y de varios libros críticos al vigente jansenismo (Hanisch Espíndola 1972: 184-199). Entre las obras bíblicas configura un comentario místico al *Cantar de los Cantares*, debido al misionero Chilota Francisco Xavier Kisling. Este manuscrito de más de 700 páginas se encuentra hasta hoy en día en el

Archivo Diocesano de Eichstätt/Baviera, de donde Kisling era originario.<sup>13</sup>

Hubo dos notables historiadores entre los jesuitas chilenos, los padres Miguel de Olivares y Felipe Gómez de Vidaurre. La obra, *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile*", de Miguel Olivares contaba con dos partes, y fue escrita en su mayoría antes del periodo de la expulsión. De Felipe Vidaurre fue la *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, publicada recién en 1889; algunos pocos autores le atribuyen también a este autor la primera obra (anónima) de Molina, el *Compendio* (Hanisch Espíndola 1972: 223-232). La obra lingüística y geográfica más importante es *Chilidúgu* del P. Bernardo Havestadt (1777). Entre los que se ocuparon de las letras clásicas, destaca el P. Miguel García Sanz, autor de un vocabulario greco-italiano e italo-greco, él fue también el editor del *Pluto* de Aristófanes al griego y español y del *Tratado de Plutarco*, de como deben oír a los poetas los jóvenes, en griego y castellano para el uso de la juventud española (Hanisch Espíndola 1972: 248-250).

En la conclusión de su libro sobre los jesuitas expulsados de Chile el P. Walter Hanisch Espíndola evalúa el trabajo intelectual realizado por ellos desde dos perspectivas –la italiana y la chilena. Si se mira desde el lado italiano, se puede afirmar que algunos alcanzaron renombre europeo como Molina y Lacunza–, otros desempeñaron un papel brillante en las polémicas teológicas de la época, –como Fuezalida– y otros tuvieron una actuación más modesta. Si se mira desde el lado chileno vemos que son considerados como el conjunto más interesante de escritores y publicistas de estos años. Todas las obras que se publicaron por aquel entonces en Chile no pueden ser comparadas con la calidad de lo producido por estos autores. En relación a Chile se trató sin duda de una emigración intelectual. Este lado de Chile hay que mirarlo, si se quiere conocer el nivel de la cultura chilena a finales del siglo XVIII y de la colonia erradicada y perseguida que año tras año vivía la esperanza de un regreso que nunca llegó (Hanisch Espíndola 1972: 255).

---

<sup>13</sup> Diözesanarchiv Eichstätt, Ms. No. 46.



## Bibliografía

- Aldea, Quintín (ed.). (1993): *Ignacio de Loyola en la gran crisis del siglo XVI*, Congreso Internacional de Historia, Madrid, 19-21 de noviembre de 1991. Bilbao: Mensajero (et al.).
- Aranguiz, Horacio (ed.) (1967): “Estado de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Reino de Chile desde el mes de marzo de 1757 hasta esta fecha del presente año de 1762” (Autor del texto es el Padre Juan Nepomuceno Walter), en: *Historia 6*: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 317-336.
- Astrain, Antonio (1902-1925): *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España I-VII*, Madrid: Rivadeneira.
- Beyerhaus, Gisbert (1927): “Abbé de Pauw und Friedrich der Große. Eine Abrechnung mit Voltaire”, en: *Historische Zeitschrift* 134, pp. 465-493.
- Bravo Acevedo, Guillermo (1985): “La riqueza temporal de la Compañía de Jesús en el Reino de Chile (1593-1767)”, en: *Anuario de historia de la Iglesia en Chile* 3, pp. 101-121.
- (1986): “Los bienes temporales jesuitas en el Reino de Chile (1593-1820). Cuantificación y Administración por la Monarquía”, en: *Siglo XIX. Revista de Historia de la Universidad de Monterrey/México*, I / 1, pp. 19-66.
- Casanueva, Fernando (1992). “Chiloé – el jardín de la iglesia. Notas para la historia de una evangelización lograda”, en: Sarabia Viejo, María Justina (ed.): *Europa e Iberoamérica. Cinco siglos de intercambios*. Sevilla: Actas del IX Congreso Internacional de Historia de América II, pp. 7-31.
- Congreso Internacional de Historia ([1991] 1993): *La Compañía de Jesús en América: evangelización y justicia, siglos XVII y XVIII*, Córdoba: Provincia de Andalucía y Canarias de la Compañía de Jesús.
- Constitutiones Societatis Jesu (Latinae et Hispanicae), Constitutiones cum declarationibus (1937), Roma: Curia Praepositi Generalis.
- Duhr, Bernhard (1907-1928): *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge I-IV*, Freiburg i. Br.: Herder.
- Edwards Orrego, Lionel (1990): “La expulsión de los jesuitas”, en: *Revista Chilena de Historia y Geografía* 158, pp. 227-231.
- Engelskirchen, Heinrich (1933): “Das Testament des Xantener Stiftsherrn und Vorlesers des Preußenkönigs Friedrich II., Franz Kornelius de Pauw”, en: *Annalen des Historischen Vereins für den Niederrhein* 123, pp. 141-143.
- (1970): “Der Xantener Stiftsherr Kornelius de Pauw und sein Neffe Anacharsis Cloots”, en: *Heimatkalender Landkreis Moers* 27, pp. 33-36.
- Enrich, Francisco (1891): *Historia de la Compañía de Jesús en Chile I-II*, Barcelona: Rosal.

- Falkner, A./Imhof, Paul (eds.) (1990): *Ignatius von Loyola und die Gesellschaft Jesu 1491-1556*, Würzburg: Echter.
- Foerster, Rolf (1996): *Jesuitas y Mapuches 1593-1767*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Galán García, Agustín (1989): "La organización misional jesuita y su hospicio de Indias en Sevilla (1566-1717). Notas para su estudio", en: *Archivo Hispalense* 220, pp. 105-113.
- (1995): *El "Oficio de Indias" de Sevilla y la organización económica y misional de la Compañía de Jesús (1566-1767)* (Colección "Focus" 8), Sevilla: Fundación Fondo de Cultura.
- Hanisch Espíndola, Walter (1969a): *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1955)* ("Sondeos" 44), Cuernavaca: Centro Intercultural de Documentación.
- (1969b): "El padre Manuel Lacunza (1731-1801). Su hogar, su vida y la censura española", en: Hanisch Espíndola, Walter (ed.): *Historia* 8, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 157-234.
- (1972): *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile*, Santiago de Chile: Editorial Andres Bello.
- (1974): "Juan Ignacio Molina. Sabio de su tiempo", en: *Montalbán* 3, pp. 205-308. [Esta obra apareció en 1976 con algunos agregados en la serie "Biblioteca Juan Ignacio Molina", Estudio 3, Santiago de Chile: Ediciones 'Nihil mihi'].
- (1982a): *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Santiago de Chile: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas.
- (1982b): "Calera de Tango, cuna industrial de Chile", en: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 93, pp. 159-190.
- (ed.) (1978): *Juan Ignacio Molina, Historia natural y civil de Chile* (Escritores coloniales de Chile 10), Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Havestadt, Bernard (1777): *Chilidugu sive Res Chilenses vel Descriptio Status tum naturalis, tum civilis, cum moralis Regni populi que Chilensis*, Münster: Aschendorff.
- Huonder, Anton (1924/25): "Die Missionsprokuratoren der Gesellschaft Jesu in alter Zeit", en: *Die katholischen Missionen* 53, pp. 406-415.
- Janssen, Heinrich/Grote, Udo (eds.) (1998): *Zwei Jahrtausende Geschichte der Kirche am Niederrhein*, Münster: Dialog-Verlag.
- Mazzeo, Guido E. (1968): "Los jesuitas españoles del siglo XVIII en el destierro", en: *Revista Hispánica Moderna* (Hispanic Institute, Columbia University, New York) 34, pp. 344-355.
- Mundwiler, Johann B. (1902): "Deutsche Jesuiten in spanischen Gefängnissen im 18. Jahrhundert", en: *Zeitschrift für Katholische Theologie* 26, pp. 621-672.

- Pachtler, G. M. (ed.). (1968): *Ratio Studiorum et Institutiones Scholasticae Societatis Jesu per Germaniam olim vigentes collectae concinnatae dilucidatae* (Monumenta Germaniae paedagogica; 3: Ordinationes Generallium et ordo Studiorum generalium. Ab anno 1600 ad annum 1772), Osnabrück: Biblio.
- Pauw, Cornelius de (1769): *Philosophische Untersuchungen über die Amerikaner oder wichtige Beyträge zur Geschichte des menschlichen Geschlechts I-II*, Berlin: G. J. Decker/G. L. Winter [Edición francesa: Berlin 1770, segunda edición francesa: 1774].
- Pérez, Rafael (1901): *La Compañía de Jesús en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil*. Barcelona: Henrich.
- Rodríguez, Osvaldo (1996): "El Hispanoamericanismo de los jesuitas expulsos en Italia", en: *Studi di Letteratura Ispano-Americana* 27, pp. 7-16.
- Salinas, Maximiliano (1993). "Die theologischen Erfahrungen in der Geschichte des lateinamerikanischen Christentums", en: Sundermeier, Theo/Klaes, Norbert (eds.): *Theologieggeschichte der Dritten Welt – Lateinamerika*, Gütersloh: Theologischer Verlag Gerd Mohn, pp. 21-199.
- Santos Hernández, Angel (1992): *Los jesuitas en América* (Colección: "Iglesia Católica en el Nuevo Mundo"), Madrid: Mapfre.
- Sierra, Vicente D. (1944): *Los jesuitas germanos en la conquista espiritual de Hispanoamérica, siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires.
- Sievernich, Michael/Switek, Günter (eds.) (1990): *Ignatianisch. Eigenart und Methode der Gesellschaft Jesu*, Freiburg i. Br.: Herder.
- Sommervogel, Carlos (1890-1932): *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus I-XII*, Brüssel: Oscar Schepens/Paris: Alphonse Picard.
- Urbina Burgos, Rodolfo (1986): "Aspectos de la actividad misional del colegio Jesuita de Castro en los siglos XVII y XVIII", en: *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile* 4, pp. 77-96.
- Valdés Bunster, Gustavo (1980): *El poder económico de los jesuitas en Chile 1593-1767*, Santiago de Chile: Imprenta Pucará.
- Woodrow, Alain (1985): *Los jesuitas. Historia de un drámatico conflicto*, Barcelona: Planeta.
- Zubillaga, Félix (1953): "El Procurador de las Indias Occidentales de la Compañía de Jesús (1574). Etapas históricas de su erección", en: *Archivum Historicum Societatis Jesu* 22, pp. 367-417.